

provincia los PP. Francisco Piccolomini y Pablo Oliva, los cuales ascendieron en breve al generalato; pero interin les llega su turno, aprenden ambos á obedecer. Habian desplegado tanta energia y caridad estos Padres durante su residencia en Palermo, que impulsados por un deber de gratitud, el príncipe de Roca-Florita, Beatriz de Aragon y Carlos de Vintimilla, les fundaron en dicha ciudad el colegio de San Francisco Javier.

En medio de estos acontecimientos que, tanto en el antiguo como en el Nuevo Mundo, colocaban á los Jesuitas en el candelero, dando lugar á que se fijasen sobre la Compañía todas las miradas, ordenó Vitelleschi, por medio de una carta dirigida en 1636 á cada una de las provincias que componian el Instituto, celebrar el año secular de su fundacion. Los Padres diseminados por todos los ángulos del universo celebraron con regocijos públicos el mencionado año, que cerraba el primer siglo de su creacion; pero semejantes fiestas, debidas á la emulacion y gratitud, no hubieran, como la mayor parte de las solemnidades religiosas y civiles, dejado tras sí ningun vestigio histórico, si la provincia de Flandes no hubiese proyectado consagrarlas un recuerdo permanente. Refiriéndonos nosotros á la época de esta solemnidad, é identificándonos con ese sentimiento de admiracion que cada corporacion conserva en su seno, para exaltar los ánimos y producir nuevos sacrificios, creemos que ciertas exageraciones literarias debian serles permitidas á los Jesuitas, por la misma razon que nadie las acrimina en las demás academias mas ó menos célebres, que se hacen ellas mismas su gloria á puerta cerrada, y distribuyen á sus individuos diplomas de inmortalidad.

Los Jesuitas flamencos hicieron que sus escolásticos modulasen en todos los tonos y lenguas un ditirambo en honor de la Compañía, que siendo para ellos la única patria y una madre adoptiva á quien idolatraban en su soledad, y cuyo nombre les habia enseñado á venerar el catolicismo, se habia adquirido un derecho á que la glorificasen, ya con sus talentos y virtudes, ya con una vida santa y laboriosa, ó bien por medio del martirio. Inspirados estos jóvenes por el impulso mismo de su corazon, después de elogiar sus glorias con acentos de amor y expresiones entusiastas, como no se habian propuesto formar una historia fria é imparcial, sino solamente pronunciar un panegírico, quisieron admirarla en versos griegos y latinos. Cantaban en prosa el pa-

sado de su Instituto, cantaban tambien en un estilo figurado el porvenir que le estaba reservado; y como este libro, enriquecido con todo el lujo de la tipografía y del grabado, venia á ser para unos el emblema de la vida eterna, al paso que para otros no pasaba de ser una ficcion venturosa, pero tierna y patética, aglomeraron en él todas las pompas del ingenio y la gratitud, apropiándole el título de: *Imago primi saeculi*.

Mas, como acontece casi siempre, el entusiasmo de unos vino á ser para otros un objeto de escarnio. No era regular que pudiese mirarse como cosa seria esa ventura literaria in folio. Los puritanos del jansenismo creyeron mas oportuno á su causa el presentarle como una especie de manifiesto político, en el que se ocultaban bajo símbolos poéticos el orgullo y el pensamiento secreto de la Sociedad de Jesús. Estos pasatiempos de pura imaginacion, con los que se interpolan á veces los sentimientos exaltados y un ardor de neófitos, solo podian ser juzgados por la crítica. Fueron, sin embargo, citados ante otro tribunal, y trocando las citas, y tomando cada una de las alegorias como otras tantas verdades matemáticas, llegaron á dar á esta obra laudatoria una importancia histórica que jamás ha merecido. Olvidando que en las bibliotecas de todas las Órdenes religiosas existian panegíricos semejantes, pasaron por alto las extravagancias, por no decir impiedades que contenia el libro de las *Conformidades de la vida de san Francisco con la de Jesucristo*, por el P. Bartolomé de Pisa; no se acordaron tampoco del *Origo seraphica Familiae franciscanae*, por el fraile capuchino Gonzaga; ni tuvieron presentes las *Entrañas de la santísima Virgen en favor de la Orden de los frailes Predicadores*, por el dominicano Chouques. Explicábanse con la mayor naturalidad los éxtasis literarios y las admiraciones de un Franciscano, de un Capuchino y de un Dominicano por sus Órdenes respectivas; mas no se concedió el mismo privilegio al Jesuita. Léiase en la portada de la obra flamenca, que no pasaba de ser un juguete de aniversario¹, un ejercicio oratorio, y se presentó como un misterioso resumen de los planes de la Sociedad de Jesús.

¹ Tenemos á la vista este libro, y hallamos en él: *Exercitatio oratoria*. Hé aquí como principia: *In ludis hisce saecularibus, si ludere liceat*. Arnauld asegura en su *Moral práctica*, que segun la *Imago primi saeculi*, nacen todos los Jesuitas con el casco en la cabeza. Tan desnaturalizado está el pensamiento co-

El papa Urbano VIII y el general Mucio Vitelleschi, que la habían conducido á este grado de prosperidad, fallecian ambos con algunos meses de intervalo, perdiendo la Iglesia su Pontífice en 29 de julio de 1645, á tiempo que la Compañía habia perdido su jefe el 4 de febrero del mismo año. El P. Sangrins, nombrado vicario general por Vitelleschi, convocó en 21 de noviembre la octava congregacion, que se reunió en el indicado dia, y á la que asistieron veinte y ocho profesos, entre los que se contaban los PP. Florencio de Montmorency, Esteban Charlet, Bartolomé Jacquinet, Gonzalez Mendoza, Tomás Reina, Juan de Mattos, Nuñez Acuña, Esteban Menochi, Francisco Piccolomini, Goswin Nickel, Valentin Mangioni, Eduardo Knott, Francisco Aguado, Pedro de Avals, Gerónimo Vogado, Francisco Pimentel y Claudio Lingendes.

El hijo del duque de Andria, Vicente Caraffa, hombre verdaderamente segun el corazon y el espíritu de la Compañía, fue elegido General en 7 de enero de 1646, por una mayoría de cincuenta y dos votos. Nacido en 9 de mayo de 1585, contaba á la sazón sesenta años. Pero el nuevo Pontífice que daba el conclave á la Iglesia católica era mas anciano que él, y la Sociedad de Jesús no esperaba menos de la robusta vejez de Caraffa, que la Santa Sede podia esperar de la del cardenal Pamphili, que tomaba el nombre de Inocencio X. Luego que subió al solio pontificio, publicó en 1.º de enero de 1646 una constitucion, por la cual ordenaba á los Jesuitas convocar la congregacion general cada nueve años: segun los términos del mencionado breve, *Prospero feliciq; statui*, no podian dilatarla bajo ningun pretexto; y como por otro lado estaba ya establecida la trienalidad respecto á los cargos de provinciales, visitadores, rectores y superiores; aceptaron sin discusion la órden del Papa, separándose el 14 de abril del mismo año, después de haber promulgado sesenta decretos.

El P. Francisco Turco, general de los Predicadores, habia dado un público testimonio de afectuosa fraternidad á la Compañía de Jesús en la sala capitular de su Orden y en presencia de todos

mo la expresión. *Galeatos nasci oportere*; parécenos que quiere decir que *con-*
vendría que naciesen con casco. Con idénticos ojos ha mirado el texto cuando asegura que: « Todos los Jesuitas son perfectos; que todos abrigan la pureza
« de los Ángeles, que la sabiduría mora en la Sociedad, y que aquella dirige á
« todos sus individuos. »

los vocales. Asi es que agradecida aquella, sancionó el duodécimo decreto en contestacion á sus manifestaciones afectuosas. Después de prescribir á todos los miembros del Instituto una amistosa deferencia hácia los hijos de santo Domingo, les ordena que solo hablasen de la venerable Orden de los frailes Predicadores para elogiarla, y para prestar á sus individuos los deberes de una mutua hospitalidad. Estas dos poderosas Compañías, que trabajaban cada una en su esfera por el sostenimiento de la fe en Europa, así como por su propagacion en el Nuevo Mundo, habian llegado á comprender que les importaba mas coligarse contra un enemigo comun, que no eternizar las contiendas escolásticas. Las preeminencias de escuela y las discusiones teológicas conservaban en algunos corazones cierta irritacion y algunas rivalidades á que no se habian asociado jamás los veteranos de ambas milicias; pero estos debates, en que la erudicion podia tarde ó temprano hacer lugar á sentimientos mas humanos, debian estar circunscritos á unos estrechos límites, con el objeto de sufocar las pasiones en su origen ó llamarlas á otro terreno. Los hijos de santo Domingo habian tomado la iniciativa, y los de san Ignacio se apresuraron á seguir una marcha idéntica: ambos se encontraban en todos los continentes, y algunas veces la emulacion degeneraba en celos. El citado decreto tendia por lo mismo á confundir á los teólogos y misioneros de ambas Órdenes en un pensamiento idéntico de laboriosidad y concordia.

Vicente Caraffa no estaba destinado á gobernar largo tiempo á la Compañía: después de haber elegido por vicario general al P. Florencio de Montmorency, asistente de Alemania, espiró en 8 de junio de 1649. Reunida el 13 de diciembre del mismo año la congregacion general para la eleccion de un nuevo jefe, salieron empatados en la votacion los PP. Florencio de Montmorency y Piccolomini; pero habiéndose aquella reunido de nuevo en 21 del mismo mes, obtuvo Piccolomini cincuenta y nueve votos de ochenta, y fue nombrado General. Agregáronle como asistentes á los PP. Fabricio Bansa, de Italia; Goswin Nickel, por Alemania; Annat, que habia ya desempeñado este cargo bajo el generalato de Caraffa, por Francia; Montemayor, por España, y Brandano, por el Portugal: el P. Esteban Menochi continuó en el cargo de admonitor.

Piccolomini, lo mismo que Caraffa, no hizo mas que pasar por

este trono de humildad y trabajo, y en el que la muerte del jefe no llevaba consigo ningún disturbio, ni podía modificar en nada sus leyes: estaba todo tan previsto, que la acción del General desaparecía cada vez más, bajo la inteligente obediencia de los subalternos. Reunióse la décima congregación general de los profesos después de la muerte de Piccolomini, acaecida en 17 de junio de 1651, y el 21 del mismo mes fue elegido por unanimidad el P. Alejandro Gottifredi para jefe de la Sociedad.

El cardenal Juan de Lugo, á quien el brillo de sus talentos y la heroicidad de sus virtudes habian sacado de la Compañía para colocarle en el rango de los príncipes de la Iglesia, y que si era el amigo íntimo de Urbano VIII, no dejaba por eso de ser el padre de los pobres, pronunció el discurso de apertura, glosando por una feliz inspiración el siguiente texto de Landolfo, citado por el cardenal Hugon¹: «En el reino de los cielos seremos todos llamados Jesuitas por boca del mismo Jesús.»

Aun no se habia disuelto la congregación, cuando la muerte arrebató á Gottifredi. El 12 de marzo del mismo año entregó su alma al Criador, y el 17 fue nombrado para reemplazarle el Padre Goswin Nickel por cincuenta y cinco votos de setenta y siete. Al día siguiente dirigió á todos sus hermanos una carta dándoles parte de su nombramiento y añadiendo: «Los días del hombre son cortos, y sus proyectos inciertos: bien convincente es la lección que nos da acerca de esta verdad la muerte del P. Gottifredi, General de nuestra Compañía, á quien Dios apenas transcurridos dos meses desde su promoción al generalato, acaba de llamar á sí, reuniéndole, así lo esperamos, á la congregación de los justos.»

La sucesiva pérdida de tres generales, las asambleas de profesos tan próximas unas á otras, solo fueron apercebidas en Roma en el fondo de la Sociedad; mas estos años, que para unos Jesuitas pasaron entre las peripecias del funeral y las elecciones, fueron para los demás hijos de Ignacio una no interrumpida serie de triunfos y martirios.

¹ *In gloria coelesti omnes ab ipso dicemur Jesuitae.* Segun estas palabras tomadas de Landolfo, historiador del siglo XIV, por el cardenal Hugon, en sus *Comentarios sobre el Apocalipsis*, deberá atribuirse á este escritor, llamado *Sagax*, la invención del nombre de Jesuitas, con dos siglos de antelación á la Orden de Jesús.

Enrique VIII, Isabel y Jacobo Estuart habian preparado á sus sucesores en el trono fatales calamidades y disensiones sin término. Una vez organizado el protestantismo, el monarca que no sabia ser un tirano ó corruptor, debia resignarse al papel de esclavo coronado. Carlos I no heredó ni los arrebatos coléricos de Enrique, ni las sanguinarias y gloriosas pasiones de la Reina virgen, ni abrigaba aquella afición á las disputas dogmáticas y al pedantismo, tan natural en Jacobo. Los últimos años del Rey teólogo fueron, como los primeros, una larga serie de persecuciones y controversias: cuando no se entretenia en mandar asesinar á los Jesuitas ó sumirlos en los calabozos de la torre, discutia con ellos de viva voz ó por escrito sobre las cuestiones eclesiásticas; y si llegaba el caso de que sus argumentos no producian en los ánimos la convicción que apetecía, se hacia secundar por los carceleros y verdugos; siendo necesaria en más de una ocasión la intervención francesa y española para sustraer al rigor de sus torturas á los católicos de la Gran Bretaña. Algunas veces, después de considerar estas intervenciones como una prueba de su pujanza, solia también, á riesgo de desagradar á los Puritanos, otorgarles alguna tregua; pero estos favores excepcionales no bastaban á contener los furores del anglicanismo. La lucha no podia ser tampoco más desigual: los Jesuitas no ignoraban que permanecer en su suelo natal, era sinónimo de condenarse á todos los tormentos del espíritu y á todas las penalidades del cuerpo; pero importándoles conservar la última semilla del cristianismo en el Reino Unido, se consagraban á todo género de suplicios. Los PP. Tomás Everard, Enrique Mors, Ricardo Holtbey, Francisco de Walsingham, Tomás Strang, Guillermo Bath, Jorge Dillon, James Walsh, Worthington, Eduardo de Nevit, Scot, Haywood y Jungh, inauguraron en los calabozos ó en el caballete, entre las agonías del hambre ó en las miserias de una vida errante, el aprendizaje de las torturas á que va á entregarlos la revolución inglesa.

Los Jesuitas han hecho todo el sacrificio de su existencia: en sus colegios de Pont-à-Mousson, Douay, San Omer y Salamanca, todos aquellos á quienes la Religión engordaba para el martirio, segun la expresión del cardenal Baronio, solo aspiraban á derramar su sangre por la fe; pero antes era indispensable utilizar este ardor, y crear en favor de los Católicos de los tres reinos

una suerte futura. Apenas salido Percey, mas conocido en Inglaterra bajo el nombre del Jesuita Fischers, de los calabozos de la Torre, cuando emprende la conversion al catolicismo de la madre del favorito de Carlos, el célebre Buckingham, del hombre que todo lo podia con Jacobo, y que estaba destinado á regentar un dia el timon de la Gran Bretaña. Dotada aquella señora de corazon recto y de un verdadero discernimiento de lo justo y verdadero, no tardó en abjurar el anglicanismo, trabajando después de concierto con España y Francia para hacer menos crueles las leyes de proscripcion. Jacobo se hallaba exasperado en extremo al observar los triunfos que el emperador Fernando y los ejércitos católicos conseguian sobre los protestantes de Alemania; al paso que los Anglicanos, que creian deber vengar las derrotas sufridas por el Elector palatino, yerno de Jacobo, y nombrado soberano de la Bohemia por ellos mismos, perseguian en su Isla á los correligionarios de sus vencedores en el Moldau: «El primer cuidado de los Comunes, dice el Dr. Lingard¹, «fue el responder al llamamiento de las animosidades religiosas, «castigando en los Católicos del interior los triunfos que acompañaban á los ejércitos del exterior. Reuniéronse á los lores para comprometer al Monarca á desterrar á todos los refractarios «á una distancia de diez millas de Londres, á reducirlos á oír la «misa en sus casas ó en las capillas particulares de los embajadores, y á poner en ejecucion las leyes penales promulgadas «contra ellos.»

Estas leyes penales, que invocadas por el anglicanismo, cubrieron con cierta apariencia de legalidad todos los atentados contra la fortuna y existencia de los individuos, fueron aplicadas con un rigor revolucionario; pero la mayor parte de los Jesuitas se habian sustraído á las medidas inquisitoriales. Ocultos en impenetrables asilos, desafiaban á las investigaciones, ocupándose únicamente en sostener la fe en el corazon de los fieles. Solo una conspiracion existia en Inglaterra, la del puritanismo contra el trono; y no pudiendo implicarlos en los complots, dieron á luz una proclama en 1624, en la que se les ordenaba salir del reino bajo pena capital; mas como la muerte no era para ellos mas que el cumplimiento de un deber, no se cuidaron de obedecer á semejante intimacion. Cuando el 27 de marzo de 1625 dejó de exis-

¹ Lingard, *Historia de Inglaterra*, tomo IX, pág. 281.

tir Jacobo, habia secundado con tal arte los proyectos de la herejía, que su hijo se encontró aislado y sin poder en medio de los entusiasmos y arrebatos de los Independientes.

Carlos I reunia á la vez todas las calidades de un hombre de bien, y todas sus debilidades. Criado mas bien para la vida privada que para dominar las pasiones desde lo alto de su solio, solo sabia ceder á la violencia moral, pretextando que á fuerza de concesiones llegaria á calmar la efervescencia religioso-política. Su equidad natural le inclinaba á la conciliacion, mientras que los *Toris* y los *Wighs*, esos dos partidos creados en el año de 1621, y que iban á verse momentáneamente ofuscados por unos excesos mas en armonía con la turbulencia del populacho, se disputaban el mando, proclamándose cada uno de ellos enemigo de los Católicos. La toma de la Rochela suministró un nuevo pábulo á su exasperacion, que se volvió contra los Jesuitas.

Los Puritanos predicaban la libertad indefinida: Edmundo Arowsmith, individuo de la Sociedad de Jesús, salió de su retiro, y desafiando en 1628 á un combate teológico al obispo de Chester, quedó este vencido; y apelando su falta de lógica al auxilio del verdugo, expió el Jesuita en el suplicio el 7 de setiembre del mismo año el triunfo que su fe habia conseguido. Los Puritanos se mostraban insaciables de sangre y libertad, al paso que sus murmullos, que se transformaban ya en amenazas bíblicas y en predicaciones feroces, arrancaron al Monarca varios decretos, renovando la intolerancia de Enrique VIII é Isabel. Perseguíase á los Católicos en nombre de Carlos I, y juzgando estos que, en la situacion en que le habian colocado su carácter y los acontecimientos, le era imposible obrar de otro modo, trataron de colocarse bajo la real enseña, aun cuando tenian que probar que la conspiracion de la *Pólvora* era obra de algunos individuos. No ignoraban que Carlos I los abandonaria, como lo habia hecho en el Parlamento con la cabeza de Strafford, su amigo y su ministro; sabian tambien que en el campo del Monarca, así como en el de los Independientes, contaban con numerosos adversarios; pero no escuchando el sentimiento de la venganza ni del egoismo, no se dejaron abatir por unas previsiones que debian todas justificarse un dia.

Creyendo los Jesuitas que no les era dado permanecer neutrales en la lucha empeñada entre la revolucion y el trono, después

de aconsejar la acción, quisieron ellos mismos dar á su país una prueba de la fidelidad con que sabían cumplir sus juramentos. Pero esta fidelidad era un crimen á los ojos de las Cabezas-Redondas. Enriqueta de Francia, reina de la Gran Bretaña, había inspirado á su esposo pensamientos de moderación que la violencia hacia muchas veces inútiles. Agradeciase á la hija de Enrique IV, cuyo valor fue mucho mas grande que sus infortunios, su poderosa intervención, que mas de una vez había provocado contra ella el odio de los Puritanos. Los Católicos y Jesuitas padecían y morían en silencio como para conjurar los desastres. La revolución reducía la soberanía al último apuro; se declaraba mas fuerte que el principio monárquico representado por Carlos Estuart, y le aisló para que careciese de energía moral y de defensores, en el momento que ella se decidiese á derrocarlo: para conseguirlo, empezó por exigir del Rey todos los decretos que autorizaban sus crueldades.

El Parlamento rehusaba votarle subsidios, sitiándole legalmente por hambre para reducirle á adoptar medidas de rigor; mientras que el ministerio, que se hallaba sin recursos, agobiaba á los Católicos con numerosos impuestos. El número de los *recusantes convencidos* ascendía en veinte y nueve condados, segun Butler, al de once mil novecientos setenta. Los consejeros de Carlos imaginaron sacar de ellos el dinero necesario para cubrir los gastos del Gobierno, y cada católico fue condenado á pagar todos los meses una multa de veinte libras esterlinas. Prohibiéronles el derecho de litigar, testar, heredar, tener armas y alejarse á una distancia de cinco millas de su domicilio. Si estas leyes, arrancadas á la debilidad de Carlos I, no se leyesen aun en los antiguos archivos de Inglaterra nos veríamos tentados á poner en duda su autenticidad. Ellas acusan tan alto al anglicanismo y le infaman con tanta justicia, que el Dr. Ricardo Challoner no ha podido menos de decir: «Tal era la iniquidad de la época y la importunidad de los parlamentos; siempre quejándose de los progresos del papismo, pero apresurando siempre la ejecución de los edictos que les llenaban las arcas, y á los que el Príncipe daba curso, empleando toda especie de vejaciones contra sus súbditos católicos.»

No creyéndose bastante fuertes los Puritanos para derrocar la monarquía, negociaban con ella y la envilecían con sus transac-

ciones. En el mes de junio de 1642 presentó el Parlamento á Carlos I, residente á la sazón en York, un tratado que debía servir de base á su reconciliación, y cuyo artículo 6.º contiene: «Los edictos vigentes contra los Jesuitas, sacerdotes y papistas recusantes serán rigurosamente ejecutados, sin ningún miramiento ni excepción.»

Necesitábase la sangre de Jesuitas para cimentar esta paz imposible, y el P. Tomás Holland, acusado de alta traición, ó lo que es lo mismo de pertenecer á la Compañía, fue preso y conducido ante el jurado, donde no teniendo contra sí prueba ni testigo alguno, el procurador le intima que afirme bajo juramento que no es Jesuita. «En nuestra jurisprudencia, contesta Holland, «no se acostumbra que el encausado se disculpe por medio de un juramento, puesto que las leyes del país no otorgan valor alguno á sus juramentos ni á sus palabras. A vos os toca convencerme de lo que llamais mi crimen, y caso de no poderlo hacer, «debo ser absuelto.» Los jurados declararon que efectivamente era Jesuita; y sin mas, fue arrastrado sobre la carreta fatal en 22 de diciembre, siendo ahorcado en seguida y descuartizado.

En el momento en que se volvía á renovar la era de las persecuciones, los discípulos de Loyola se ostentaban tan dignos como sus antepasados. Conducido el Jesuita irlandés Rodolfo Corby, cuyo padre y dos hermanos formaban parte del Instituto, ante los magistrados, en compañía del eclesiástico inglés Duckett; y no queriendo, como Holland, dejar un momento de perplejidad á la injusticia del jurado, proclama desde luego que es Jesuita, y escucha con impasibilidad su sentencia, concebida en estos términos: «El culpable será ahorcado, y se le arrancarán las entrañas en vida; sus miembros serán ofrecidos al Rey, y después serán expuestos en un lugar público.» El embajador de Alemania propuso un canje entre el Jesuita y un general escocés, prisionero de Fernando; pero no consintiendo Corby en ser despojado de la gloria del martirio, señalaron el 17 de setiembre de 1644 para su ejecución. Esperábala el P. Rodolfo en los júbilos del cautiverio, cuando en la noche que precedió á su muerte se transformó en capilla su calabozo. El presidente de Bellièvre, embajador de Francia en Londres, la duquesa de Guisa y la marquesa de Brossay quisieron recibir su última bendición. El Padre celebró el santo sacrificio de la misa, confesó, y dió por su mano la comu-